

## RevistAcrópolis

Revista digital de filosofía, cultura y voluntariado en Argentina

### El origen de la tragedia según Nietzsche: lo apolíneo y lo dionisiaco

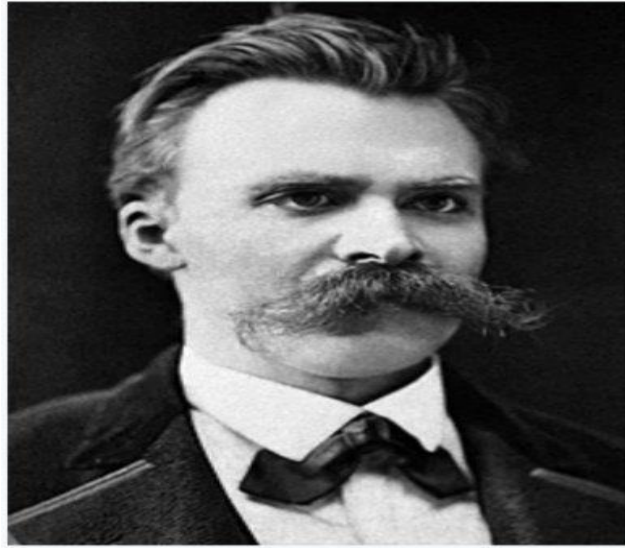
Es uno de los temas que han impactado tanto el mundo filosófico como el ámbito filológico y literario; ese tratado del famoso filósofo alemán nos introduce en el mundo de la tragedia indagando sus orígenes. El autor ilumina nuestros pasos en la búsqueda de comprensión de esa cultura que equilibra entre las danzas desenfrenadas de los sátiros y la armonía transmitida por la sonrisa complaciente de los kouros. Se toma de la mitología las figuras de Apolo y Dionisos para definir la dualidad expresada en la cultura helénica. De modo que cobra sentido y atrapa nuestro interés cuando el filósofo y filólogo alemán sitúa la *tragedia* en el equilibrio justo que armoniza por oposición estos dos impulsos contrapuestos.



Estatua de Baco (Dionisio). Miguel Ángel (1497)

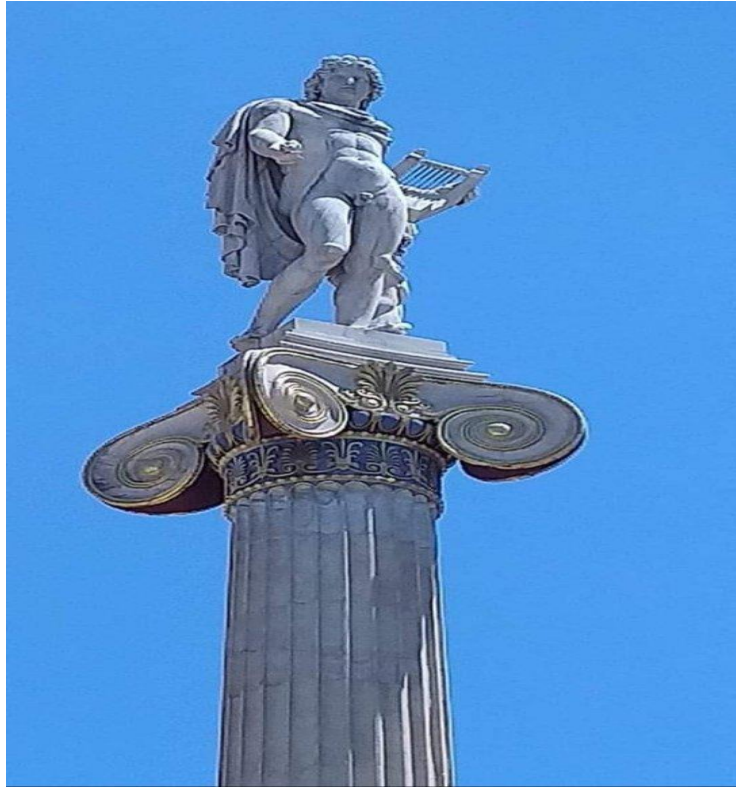
Friedrich Nietzsche comprende dos instintos naturales que operan en toda creación artística: lo apolíneo y lo dionisiaco. Son dos impulsos artísticos fundamentales que no pertenecen al artista sino que lo atraviesan. El filósofo alemán relaciona lo apolíneo con el estado del sueño y lo dionisiaco con el estado opuesto de la embriaguez donde uno está llevado por la música en comunicación con lo invisible y abstracto que no tiene forma. Lo apolíneo representa lo objetivo y lo dionisiaco lo subjetivo. En sus textos inferimos la crítica del filósofo contra la idea de considerar lo subjetivo como salvaje. Lo dionisiaco,

como cosa en sí, es el impulso primero que generó lo apolíneo como apariencia, o sea manifestación de la Voluntad.



Friedrich W Nietzsche 1844- 1900

Del impulso apolíneo surgen los fenómenos fisiológicos, entendidos como apariencias en el mundo fenoménico. Son imágenes que encadenan la apariencia (en alemán: *Erscheinung*). El principio que rige el mundo de las apariencias es el principio de la individuación (*principium individuationis*). De modo que lo apolíneo se relaciona con las artes plásticas y con el poeta épico Homero quien, según Nietzsche, está apegado a la vida presentando sus héroes en busca de la fama y el reconocimiento en la memoria del pueblo que inmortaliza su vida mortal. Su contraparte, relacionado con lo dionisiaco, es Sileno que –al modo schopenhaueriano– presenta la vida llena del dolor; la posibilidad de no haber nacido es la mejor opción, pues en el olvido de uno mismo descansa la solución de la individuación.



Estatua de Apolo–Atenas. Grecia.

El instinto creativo de lo dionisiaco se relaciona con lo Uno Primordial y opera como sustrato de lo apolíneo. Es la disolución de las imágenes para llegar al olvido del sí, perder los límites de lo individual para fundirse en lo Uno Absoluto, que es lo único que realmente existe, todo el resto es ilusión (*Maya*). Maya es la materia del mundo, es hija de lo irreal y madre de la muerte. Lo dionisiaco es lo inefable, se relaciona con la música y la danza haciendo resonancia con el coro y las danzas báquicas de las ménades. Estos dos impulsos artísticos atraviesan dos poetas: el épico Homero y el lírico Arquíloco. Nietzsche señala que la épica es una mimesis de las imágenes y la lírica es la imitación de lo rítmico. El yo lírico es un yo en embriaguez, un sujeto representado. Hallamos, también, estas dos fuerzas en la sonrisa apacible de la complacencia representada en las estatuas helénicas en oposición a la risa a carcajadas de los coros báquicos.



Procesión dionísica- British Museumq

Lo bello se manifiesta en lo apolíneo por medio de formas bellas. Sin embargo, en lo dionisiaco descansa lo sublime, pues es la imagen de lo impresentable: la manifestación sensible de ideas irrepresentables, símbolos de lo imaginable. Todo lo místico encaja en lo sublime en tanto que la experiencia mística es una experiencia de unidad con el Todo. Es por eso que Nietzsche afirma que *“la existencia del mundo no puede justificarse sino como fenómeno artístico”*. La vida no tiene sentido pero merece ser vivida. Es la risa de Sileno que menosprecia el individuo efímero e ilusorio. De este modo, el arte es la elevación de la vida a un plano superior y auténtico, pues la vida es la mentira de la ambivalencia.



Sátiros atacando a las Ninfas- Rubens- Museo del Prado

Un concepto fundamental para comprender lo dionisiaco es el del entusiasmo propio del dios Dionisos ya que su madre Semele es la diosa del entusiasmo a quien, según la mitología, se reveló Zeus con todo su esplendor. El entusiasmo es un estado de posesión por la divinidad. Es por eso que se identifica con el impulso dionisiaco que tiende a la unidad, en este yace la indiferenciación y la continuidad. Los instrumentos musicales de viento, como por ejemplo la flauta tocada por los sátiros, representan la continuidad e indiferenciación. En oposición con la lira, instrumento musical propio de Apolo, cuyo sonido es discontinuo y diferenciado.



Sátiro tocando la flauta.- Jacob Jordaens

El origen de la tragedia es el coro embriagado de los sátiros que no son en ningún modo, como sostiene el filósofo alemán, los representantes del pueblo. Los sátiros son seres supra naturales. En efecto, no representan la condición bestial y monstruosa sino la sabiduría humana en su estado puro. El coro expresa la pérdida de la individuación mientras que el coreuta combina el estado de individuación con su pertenencia en el coro. El coro dionisiaco descarga imágenes dionisiacas. Lo Uno absoluto (en alemán: *Un-Eine*) se satisface a sí mismo apareciendo. En efecto, lo trágico es el momento único donde se complementan estas dos fuerzas opuestas, en ese momento encuentran unidad como si de un proceso espiralado se tratara. La tragedia es la manifestación apolínea de un contenido dionisiaco. Es la expresión en la escena por medio de la representación del contenido abismal, no imaginable, que el coro embriagado, fuera de sí, encontró. La tragedia se presenta en una unidad simbólica onírica ya que lo dionisiaco engendra visiones que se expresan en el sueño de coro. El efecto de la tragedia es el involucramiento, en oposición a la epopeya que es la contemplación que mantiene a distancia al receptor. La tragedia es una antítesis estilística resuelta en sí misma; la visión lírica se manifiesta en la escena épica.



El coro en la tragedia griega.

Nietzsche afirma que la muerte de la tragedia no es lenta sino más bien un suicidio que empieza ya en Sófocles, pues el tragediógrafo no comprende el papel mítico del coro. Luego, según el filósofo alemán, Eurípides no entiende la tragedia y la transforma en algo racional y entendible, de modo que el socratismo invade a lo apolíneo y expulsa lo dionisiaco. Nace el argumento y muere el efecto dionisiaco. Lo inteligible y racional invade el lugar de lo trágico y mítico. La máxima de Sócrates "*solamente el que sabe es bello*" relaciona la sabiduría con la belleza exiliando lo sublime como la imagen de lo impresentable. El éxtasis dionisiaco, comprendido como la disolución de lo individual, se reemplaza por lo patético en las obras de Eurípides. Nietzsche aclara que el daimon socrático no es un dios inspirador sino un espíritu limitante. Lo racional y lo realístico no

son elementos de lo artístico lo cual comprende como lo dionisiaco y no como una techné. Con el socratismo muere la tragedia y nace el goce a la ciencia, afirma el filósofo alemán. “¿Cuál es el fin, peor aún, cuál es el **origen** de toda ciencia? ¿El espíritu científico no es, acaso, más que un temor y un refugio contra el pesimismo, una ingeniosa defensa contra la verdad y, moralmente hablando, algo así como miedo e hipocresía, y, hablando inmoralmente, astucia? ¡Oh Sócrates, Sócrates! ¿No será este, quizá, **tu secreto**? ¡Oh misterioso ironista!, ¿era esta, quizá tu ironía?” – Friedrich Nietzsche, *El origen de la tragedia*.

María Kokolaki



## Nietzsche: lo apolíneo y lo dionisiaco

Comado de: <https://estudioscavernarios.com/2019/09/12/nietzsche-lo-apolineo-y-lo-dionisiaco/>

En *El origen de la tragedia* vemos a un Nietzsche convencido de que el arte es la tarea suprema y la actividad propiamente metafísica de la vida. Esto lo concibieron muy bien los griegos a través de sus dos divinidades artísticas; Apolo y Dioniso, representantes de una enorme antítesis, en cuanto a origen y metas, entre el arte del escultor (arte apolíneo) y el arte no-escultórico de la música (arte dionisiaco). Estos dos instintos, afirma Nietzsche, marchan uno al lado de otro, en abierta discordia entre sí y excitándose mutuamente.

Apolo, en cuanto dios de todas las fuerzas figurativas, es el dios vaticinador, la divinidad de la luz que domina la bella apariencia del mundo interno de la fantasía mediante la verdad superior. Representa así la mesurada limitación, el estar libre de las emociones

más salvajes, el sabio sosiego del dios-escultor, la solemnidad de la bella apariencia. Sin embargo, esta armonía se ve profundamente transgredida por la embriaguez dionisiaca. Bajo esta, destaca Nietzsche, lo subjetivo desaparece hasta llegar al completo olvido de sí, logrando renovarse la alianza entre los seres humanos y, también, entre humanos y naturaleza. Se rompen así todas las rígidas, hostiles y arbitrarias delimitaciones que se han establecido entre los humanos.

Las festividades dionisiacas consistían así en un desbordante desenfreno, pasando por encima de todo tipo de institución y de sus estatutos, desencadenándose las bestias más salvajes de la naturaleza, hasta llegar a una mezcolanza entre voluptuosidad y crueldad. Ante tales espantos y en vista de posibilitar la vida en comunidad, los griegos tuvieron que colocar ante sí la figura protectora del orden; Apolo.

Nietzsche señala que, en cuanto divinidad ética, Apolo exige medida y conocimiento de sí mismo. Contrario al éxtasis dionisiaco, pues este aniquila las barreras y límites habituales de la existencia. Mediante un elemento letárgico, quedan separados entre sí el mundo de la realidad cotidiana y el mundo de la realidad dionisiaca. Pero tan pronto como la primera vuelve a penetrar en la consciencia, es sentida en cuanto tal con náusea; un estado de ánimo ascético, negador de la voluntad, es el fruto de tales estados. Consciente de la verdad intuida, queda como remanente en todas partes lo espantoso o absurdo del ser. Es aquí donde aparece el arte como agente curador de la náusea de la existencia, convirtiendo todo en representaciones mediante las cuales se pueda seguir viviendo. Ésta es la esfera de la belleza, en la que, según Nietzsche, los griegos veían sus imágenes reflejadas como en un espejo. Sirviéndose de este espejismo de belleza los griegos lucharon contra el sufrimiento.

Otra forma de manifestar esta lucha fue a través del conocimiento. Aquí Nietzsche alude a Sócrates, quien, mediante su método, se propuso penetrar en las razones de las cosas y establecer una separación entre el conocimiento verdadero y el aparente. Apolo se erige como principio de individuación, el cual nos permite alcanzar la verdad en la apariencia. Contrario a Dionisio que, mediante la música, nos incita a intuir simbólicamente la universalidad, haciendo aparecer la imagen simbólica en una significatividad suprema.

También el arte dionisiaco, destaca Nietzsche, quiere convencernos del eterno placer de la existencia, solo que ese placer no debemos buscarlo en las apariencias, sino detrás de ellas, viéndonos forzados a penetrar con la mirada en los horrores de la existencia individual. La música verdaderamente dionisiaca se nos presenta como espejo universal de la voluntad del mundo. La tragedia también se asienta en medio del desbordamiento de vida, sufrimiento y placer, en un éxtasis sublime, todos necesarios para llevar una existencia llevadera.

El tiempo del hombre socrático, sostiene Nietzsche, ha pasado. Es la tragedia el poder que excita, purifica y descarga la vida entera del pueblo. Pero lo apolíneo lucha contra este poder, arrancándonos de la universalidad dionisiaca y haciéndonos extasiar con los individuos, calmando a través de ellos el sentimiento de belleza, que anhela formas grandes y sublimes. Con la energía enorme de la imagen, del concepto, de la doctrina ética, de la excitación simpática, lo apolíneo arrastra al hombre fuera de su autoaniquilación orgiástica, pasando así por alto la universalidad.

Nietzsche señala que para apreciar correctamente la aptitud dionisiaca de un pueblo tendremos que pensar no solo su música, sino también el mito trágico que los caracteriza.



Hay un estrecho parentesco entre la música y el mito, de allí que con la degeneración y depravación del uno irá unida la atrofia del otro. Con el debilitamiento del mito se expresa así un decaimiento de la facultad dionisiaca. Tanto la música como el mito trágico, destaca Nietzsche, provienen de una esfera artística situada más allá de lo apolíneo. Los griegos huían a través de estos de la vida pública, de la vida en el mercado, de la calle, del tribunal, refugiándose en la solemnidad de la acción teatral, buscando en el éxtasis estar fuera de sí mismos, disolviendo así la supuesta fijeza del individuo. Mientras la palabra actúa primero sobre el mundo conceptual, Nietzsche señala que la música se conecta directamente con los sentimientos.

El socratismo, al despreciar el instinto, desprecia con ello también al arte, en vista de potenciar la claridad apolínea como precursora de la ciencia. Como padre de la lógica, Sócrates representa el carácter de la ciencia pura, pero también es el aniquilador del drama musical, que se había concentrado en el arte antiguo, el cual descansaba en el éxtasis y la embriaguez. Lo apolíneo, en cambio, impone la medida, el límite, pues solo lo limitado es cognoscible, pero, en cuanto tal, nos termina circunscribiendo a una esfera acotada de la existencia cotidiana. No obstante, como advierte Nietzsche, siempre vuelve la náusea del estado de ánimo ascético que niega la voluntad, el mundo de la culpa y el destino.

Eduardo Schele Stoller.